

Miedo de clase y dolor de patria. Las dictaduras contrarrevolucionarias en la Guerra Civil Europea (1917-1945)

Alejandro Quiroga Fernández de Soto
Newcastle University

A veces se olvida con facilidad: a principios de los años cuarenta del siglo XX el fascismo reinaba en Europa. La democracia liberal y el comunismo parecían abocados a una derrota militar y las potencias del Eje controlaban prácticamente todo el Viejo Continente. Más allá de la indudable importancia del ejército alemán en su expansión durante la Segunda Guerra Mundial, el éxito del fascismo debe entenderse en relación con el apoyo social que recibió. La marea autoritaria de las décadas de 1920 y 1930 dejó Europa cubierta de dictaduras contrarrevolucionarias, que en muchos casos contaron con un amplio respaldo de la población y facilitaron la futura colaboración con el fascismo durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque tras la derrota alemana de 1945 muchos trataron de ocultarlo, la colaboración popular activa con el fascismo estuvo a la orden del día en toda Europa.

¿Por qué ese apoyo a las dictaduras? ¿Qué motivó que tantos hombres abrazasen ideologías ultraderechistas? Ya durante el propio periodo de entreguerras los estudios sobre fascismo y la extrema derecha trataron de encontrar respuestas a estas preguntas. En un intento paralelo de explicar a la vez que de encontrar culpables, marxistas y socialdemócratas apuntaron a una burguesía que había abandonado los principios de la democracia liberal en plena crisis del capitalismo y había decidido someter por la fuerza a la clase obrera. Los análisis liberales hicieron hincapié en la deriva demagógica de una burguesía europea que había conducido a “formas totalitarias de dominación sobre unas masas alineadas por la ausencia de canales de representación política de clase”¹. La Guerra Fría dio un giro sustancial al análisis del fascismo con la denominada ‘teoría de los totalitarismos’. En un intento por equiparar a Hitler con Stalin, la teoría de los totalitarismos presentaba al nazismo como algo un tanto separado del fascismo y cercano al comunismo. Desaparecían aquí los factores de clase y se remarcaba la relación entre un Estado todopoderoso y un individuo desprotegido en una sociedad de masas.² Los teóricos de la modernización por su parte, sí hablaron de clases sociales para explicar el surgimiento y desarrollo del fascismo. Según sus análisis el fascismo sería el resultado de una alianza de la élite agrícola tradicional y una moderna clase industrial, que fueron a converger en un momento de tensiones sociales. Estas tensiones, a su vez, serían el producto de una aceleración en el proceso de modernización de países como Alemania e Italia que habían tenido un proceso de industrialización tardío con respecto al Reino Unido y Francia.³

¹ Eduardo González Calleja, “Sobre el dominio de las masas. Visiones y revisiones en la sociografía de los regímenes autoritarios y fascistas del periodo de entreguerras”, en E. Acton y I. Saz (ed.), *La transición a la política de masas* [Valencia: Universitat del València, 2001], 130.

² Con un enfoque filosófico el clásico de Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* [Nueva York: Harcourt, 1951]. Desde el derecho constitucional Carl J. Friedrich & Zbigniew K. Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* [Nueva York: Prager, 1956].

³ Barrington Moore Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy* [Boston: Beacon Press, 1966]; Detler Mühlberger (ed.), *The Social Bases of European Fascism* [Londres: Croom Helm, 1987].

Desde la década de 1990 las teorías de la sacralización de la política han revitalizado considerablemente los estudios sobre los fascismos y las derechas radicales. En un intento por entender las razones del apoyo popular al fascismo italiano y alemán, historiadores y politólogos han pasado a estudiar cómo los propios fascistas percibían su movimiento político. La ideología, los rituales, las ceremonias, el lenguaje y la simbología fascista se han convertido en el principal objeto de análisis. Las clases sociales han dejado de ser el centro del análisis y los investigadores se han centrado en las experiencias personales de los fascistas. Muchos factores han pasado a definir el fascismo como una ‘religión política’, como un sistema de creencias, rituales y mitos que convierten a la nación en objeto sacro de culto.⁴

Los trabajos de Emilio Gentile sobre Italia, los de Steigmann-Gall y Michael Burleigh sobre Alemania y los de Zira Box, Giuliana di Febo y Antonio Elorza sobre España, por citar algunos de los más destacados, han aplicado las teorías de la religión política y la sacralización de la política para examinar los regímenes de Benito Mussolini, Adolf Hitler y Francisco Franco.⁵ Estos estudios nos han enseñado mucho sobre casos puntuales de las distintas dictaduras contrarrevolucionarias y sus modos de recabar apoyo popular. En las siguientes páginas proponemos un estudio comparativo de las dictaduras contrarrevolucionarias del periodo de entreguerras utilizando las herramientas teóricas de la sacralización de la política. Analizamos aquí tanto las dictaduras propiamente fascistas de Mussolini y Hitler como los regímenes autoritarios conservadores que surgieron por toda Europa durante los años veinte, treinta y primeros cuarenta. Si bien entendemos que todos fueron contrarrevolucionarios, denominamos aquí a los regímenes no estrictamente fascistas como ‘dictaduras nacionalistas cristianas’.

En este trabajo nos centramos, en primer lugar, en el uso que del discurso y los rituales cristianos hicieron las diversas dictaduras europeas para ganarse el apoyo de la población. En segundo lugar, estudiamos la politización creciente de las confesiones cristianas y el proceso paralelo de movilización social pro dictatorial que llevaron a cabo las iglesias católicas, luteranas y ortodoxas en la Europa de entreguerras.

Contextos y conceptos

Lo primero que debemos tener en consideración es que el surgimiento de las dictaduras contrarrevolucionarias, tanto las estrictamente fascistas como las nacionalistas cristianas, se produce en el marco de la denominada ‘guerra civil europea’. Por ‘guerra civil europea’ entiendo aquí la confrontación entre fuerzas de izquierdas y conservadoras, que se dio en todo el continente desde el triunfo de la Revolución Bolchevique hasta el final de la II Guerra Mundial. Se trata de una guerra en muchas ocasiones fría, que normalmente se desarrolla dentro de las fronteras de cada país europeo, pero que en ocasiones tiene episodios internacionales calientes, como el caso de la Guerra Civil Española o la lucha entre la Alemania nazi y la Unión Soviética a partir de junio de 1941.⁶

⁴ Ulrike Ehret, “Understanding the Popular Appeal of Fascism, National Socialism and Soviet Communism: The Revival of Totalitarianism Theory and Political Religion”, *History Compass*, 5/4, (2007), 1240-1244.

⁵ Emilio Gentile, *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista* [Roma-Bari: Laterza, 1993]; idem, *Le religioni della politica. Fra democrazie e totalitarismi* [Roma-Bari: Laterza, 2001]; Antonio Elorza Domínguez, “El franquismo, un proyecto de religión política”, en J. Tusell, E. Gentile, y G. Di Febo, (ed.), *Fascismo y franquismo cara a cara. Una perspectiva histórica* [Madrid: Biblioteca Nueva, 2004]; Zira Box, “Secularizando el Apocalipsis. Manufactura mítica y discurso nacional franquista: la narración de la Victoria”, *Historia y Política* (2004), n. 12, 133-160; idem, “El calendario festivo franquista: tensiones y equilibrios en la configuración inicial de la identidad nacional del régimen”, en Javier Moreno (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización* [Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007], 263-288; Giuliana di Febo, *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista* [Bilbao: Desclée, 2002]; Michael Burleigh, *The Third Reich. A New History* [Londres: Macmillan, 2001]. Richard Steigmann-Gall, *The Holy Reich. Nazi Conceptions of Christianity, 1919-1945* [Cambridge: Cambridge University Press, 2003].

⁶ Para la idea de ‘guerra civil europea’, véase Paul Preston, “La guerra civil europea, 1914-1945”, en Mari Cruz Romero e Ismael Saz (ed.), *El siglo XX. Historiografía e historia*, [Valencia: Universitat de València, 2002], 137-165.

Dentro de este marco general merece la pena recordar como surgen las dictaduras contrarrevolucionarias. Parece claro que tras el fin de la Primera Guerra Mundial, Europa vivió un periodo de convulsión política sin precedentes. El triunfo de la revolución en Rusia y el crecimiento de un poderoso movimiento obrero llevaron a muchos de los defensores del status quo a recurrir a sistemas autoritarios para frenar el avance de la izquierda. Los regímenes dictatoriales que surgieron con el apoyo de las clases altas y medias en Hungría, Italia, Bulgaria, España, Albania, Grecia, Portugal, Polonia, Lituania y Yugoslavia, en la década de los veinte, y Alemania, Austria, Rumania, Estonia, Letonia y, de nuevo, Grecia, Bulgaria y España en la de los treinta, no sólo utilizaron los métodos tradicionales de pura represión física a la hora de combatir a la oposición, sino que acudieron a la exacerbación nacionalista como modo de legitimar sistemas políticos antidemocráticos. Contrarrevolución y nacionalismo vinieron a ser las dos caras de una misma moneda.

Desviando la atención hacia supuestas amenazas externas y sobre todo hacia el ‘enemigo interno’, las dictaduras europeas pretendieron llevar a cabo una ‘integración negativa’, es decir, un adoctrinamiento nacionalista de las clases bajas y medias en el que se hacía hincapié en enemigos extranjeros e interiores con el que se pretendía aglutinar en el ideal patriótico a estos sectores de la población.⁷ La táctica no era nueva. Había sido empleada en la Alemania de Guillermo II con relativo éxito, cuando las ligas nacionalistas y el gobierno saturaron la sociedad germana de una propaganda que enfatizaba la necesidad de una política exterior expansionista y la lucha contra aquellos ‘enemigos internos’ que defendían un internacionalismo izquierdista. Pero fue a raíz del cataclismo político que produjo la I Guerra Mundial cuando los gobiernos europeos recurrieron a la ‘integración negativa’ con mayor intensidad.

Estos dictadores se dieron cuenta de que los viejos mecanismos de control social decimonónicos eran cada vez menos útiles en sociedades de masas políticamente movilizadas. Todos ellos acudieron al nacionalismo como modo de movilizar a la población sin tener que pagar el peaje de la democratización del sistema. Y para llevar a cabo este proceso de integración social negativa las dictaduras contrarrevolucionarias tuvieron que desarrollar desde el poder un nuevo discurso y unos nuevos rituales que le sirviera de soporte ideológico en la creación de un Estado autoritario. La tesis que defendemos aquí es que estas dictaduras llegaron a integrar a amplios sectores de la población en su proyecto nacionalista. Se trataba de un nacionalismo que en todas las dictaduras sacralizó la idea de la patria en el ámbito discursivo y simbólico. La nación pasó a representarse como un ente religioso, trascendente, sobrenatural en cuyo nombre se pidieron los mayores sacrificios.

Ahora bien, se trataba de una nación sacralizada donde en teoría se fundían todas las clases sociales, pero donde no se confundían. Es decir, la creación de discursos patrióticos como modo de integración de todos los elementos del ‘pueblo’, no debe hacernos olvidar que en particular las dictaduras nacionalistas cristianas fueron proyectos políticos fundamentalmente dirigidos por determinadas elites sociales, fundamentalmente el Ejército y la Iglesia, y que obtuvieron en muchas ocasiones un buen apoyo de las clases medias rurales.⁸

La sacralización de la nación formó parte de un proceso más amplio de sacralización de la política que podemos definir como:

“[L]a formación de una dimensión religiosa de la política en cuanto política, distinta y autónoma respecto a las religiones históricas institucionales. Se puede hablar de sacralización de la política cuando una entidad política, por ejemplo la Nación, el Estado, la Raza, la Clase, el Partido, el Movimiento se transforma en una entidad sagrada, es decir trascendente, indiscutible, intangible y como tal se convierte en el eje de un sistema más o menos elaborado, de creencias, mitos, valores, mandamientos, ritos y símbolos, transformándose así en objeto de fe, de reverencia, de culto, de

⁷ Para el concepto de integración negativa, véase Hans Ulrich Wehler, *The German Empire*, [Leamington Spa: Berg, 1985], 100-137.

⁸ Jerzy W. Berejsza, *La escalada del odio. Movimientos y sistemas autoritarios y fascistas en Europa, 1919-1945*, [Madrid: Siglo XXI, 2002], 148-149.

fidelidad y entrega para los ciudadanos hasta el sacrificio de la vida si fuera necesario. Cuando esto ocurre nos encontramos ante la constitución de una forma moderna de religión política”.⁹

No sostenemos aquí que todos los regímenes contrarrevolucionarios llegaran a crear una moderna religión política, pero sí que se dio en ellos un proceso de sacralización de la nación por el cual la patria se convirtió en un ente divino. La incorporación de elementos religiosos al discurso y la simbología política fue dotando al nacionalismo autoritario y contrarrevolucionario de un carácter sacro que no fue ni “distinta” ni “autónoma” respecto a las religiones históricas. Al contrario, el estudio comparativo de la sacralización de la patria en las dictaduras de entreguerras muestra el papel clave jugado por el cristianismo, tanto a nivel discursivo como de movilización social.

La transferencia de lo sagrado

El proceso moderno de sacralización de la política, y el de su alter ego la politización de la religión, comenzó con la Revolución Francesa, cuando los revolucionarios empezaron a suplir los rituales cristianos por unos laicos de reciente invención con el fin de ganar adeptos para su causa.¹⁰ La creación de calendarios, rituales y festividades laicas para celebrar la revolución, la nación o la razón dejaron muy claro que el vacío del cristianismo tenía que ser cubierto de algún modo en la política y la sociedad francesa. Así, la necesidad de contar con símbolos sagrados llevó a la creación de un nuevo discurso político que utilizaba un simbolismo sacro como alternativa al catolicismo, dotando a la nación de cualidades sagradas y empleando liturgias que habían sido hasta ese momento dominio exclusivo de la Iglesia. Al mismo tiempo, los realistas convirtieron al Sagrado Corazón de Jesús en su símbolo de fidelidad al catolicismo y al orden tradicional, mientras luchaban contra los revolucionarios para volver a instaurar un régimen absolutista.¹¹

Pero fue claramente a finales del siglo XIX cuando el proceso de sacralización política se acentuó. Como señala Renato Moro, la sacralización de la política es precisamente el producto del proceso de secularización de finales del XIX y principios del XX.¹² Como reacción a unas fuerzas políticas que parecían avanzar con determinación hacia la construcción de una sociedad laica, surgió un intento de recristianización de la sociedad. Tanto en la Europa católica como en la protestante, la movilización política de cristianos buscó detener el impacto de la secularización, lo que llevó a muchos grupos religiosos a utilizar el nacionalismo como una herramienta política.¹³ En Francia, por ejemplo, fue a finales del siglo XIX cuando los católicos retomaron el culto de Santa Juana de Arco, dotándole de una connotación claramente nacionalista que luego reproducirían los ultraderechistas de *Action Française*.¹⁴ En España, al carlismo y al integrismo católico se les vino a sumar, a principios del siglo XX, la Confederación Nacional de Propagandistas de España, las ligas ciudadanas católicas, la Acción Católica y los sindicatos católicos, en lo que supuso una movilización sin precedentes supervisada desde el Vaticano. Junto a la actividad puramente política, los católicos militantes también organizaron romerías, viajes a la Santa Sede y consagraciones al

⁹ Emilio Gentile, “La sacralización de la política y el fascismo”, en J. Tusell, E. Gentile, y G. Di Febo, (ed.), *Fascismo y franquismo cara a cara. Una perspectiva histórica* [Madrid: Biblioteca Nueva, 2004], 57.

¹⁰ Antonio Elorza *La religión política. El nacionalismo sabiniano y otros ensayos sobre nacionalismo e integrismo* [San Sebastián: Haramburu, 1995], 8-10.

¹¹ J. M. Crosefinite, *Le Sacré-Coeur insigne de combatant vandeén* [Toulouse: Niort, 1983].

¹² Renato Moro, “Religion and Politics in the time of secularization. The sacralization of politics and politization of religion”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 6, n. 1 (2005), 71-86.

¹³ Michael Burleigh, *Earthly Powers. Religion and Politics in Europe from the Enlightenment to the Great War* [Londres: Harper Perennial, 2005].

¹⁴ Gerd Krumeich, “Joan of Arc Between Right and Left”, en R. Tombs (ed.) *Nationhood and Nationalism in France: From Boulangism to the Great War 1889-1918* [Londres: Harper Collins, 1991]; Martha Hanna, “Iconography and ideology: images of Joan of Arc in the idiom of the Action Française, 1908- 1931”, *French Historical Studies*, n. 14, (1985), 215-239.

Sagrado Corazón de Jesús, que fueron dotando al nacionalismo español conservador de un universo simbólico esencialmente religioso.¹⁵

No obstante, conviene señalar una diferencia fundamental entre los procesos de sacralización de los nacionalismos derechistas que sirvieron de base ideológica a las dictaduras que siguieron a la Primera Guerra Mundial. Por un lado, el fascismo italiano y el alemán partieron de una concepción romántica pero esencialmente secular de la nación y posteriormente fueron sacralizando la patria a base de incorporar un lenguaje y un ritual cristiano. Se produce aquí una “transferencia de sacralidad” en la configuración de las religiones políticas fascistas. Es decir, se da un proceso a través del cual la búsqueda de nuevos discursos y símbolos conduce a la creación de una “religión de la patria”, que pretende sustituir al cristianismo como principal agente de cohesión político-social.¹⁶ En estas nuevas religiones políticas, el papel de los rituales, el simbolismo y la retórica sacralizada se vuelve primordial.¹⁷ Estos recursos, además, se crean de forma sincrética, es decir, incorporando y yuxtaponiendo las liturgias tradicionales cristianas y sus símbolos con el discurso político y la iconografía fascista.

Por el contrario, en el caso de los movimientos extrema derecha que apoyaron las dictaduras contrarrevolucionarias no estrictamente fascistas, la nación se concibe como cristiana, la nacionalidad se define en términos religiosos y la patria se vincula a una confesión. Por ejemplo, la España de Primo de Rivera o la Polonia de Pilsudski se presentaron desde el poder como esencialmente católicas. Las esencias nacionales se vinculan desde su concepción a la religión. En estos casos no se da una “transferencia de sacralidad”, sino que se incorporan directamente principios religiosos al discurso nacionalista. Se genera así un nacionalismo que sacraliza a la patria tanto en el discurso como en las ceremonias y las representaciones simbólicas, pero que lo hace por una ruta directa, distinta a la del fascismo. En cualquier caso, conviene tener en cuenta que durante las décadas de los veinte y treinta, la extrema derecha europea se fue fascistizando gradualmente en toda Europa.¹⁸ Los ejemplos de Mussolini y Hitler sirvieron de inspiración a diversos nacionalismo cristianos ultraderechistas y a todos los dictadores contrarrevolucionarios. Cuando estalló la II Guerra Mundial, tanto los fascistas como los nacionalistas cristianos habían llegado a concepciones parecidas sobre la santidad de la patria y la justificación de la violencia contra todos aquellos considerados sus enemigos.

¹⁵ Feliciano Montero, “Del movimiento católico a la Acción Católica. Continuidad y cambio”, en F. Montero y J. de la Cueva (ed.), *La secularización conflictiva. España 1898-1931* [Madrid: Biblioteca Nueva, 2007], 169, 189.

¹⁶ Elorza, *La religión política*, 8-10.

¹⁷ La relación entre fascismo y religión ha dado lugar a un extenso debate académico. Entre las obras más significativas cabe destacar Roger Eatwell, “Reflections on Fascism and Religion”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 4, (3) (2003), 145–166; Emilio Gentile, “Fascism, totalitarianism and political religion: definitions and critical reflections on criticism of an interpretation”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 5, (3) (2004), 326–375; Hans Maier (ed), *Totalitarianism and Political Religions, Volume 1: Concepts for the Comparison of Dictatorships* [Londres: Routledge, 2004]; Roger Griffin (ed.), *Fascism, Totalitarianism and Political Religion* [Nueva York: 2005]; Emilio Gentile, “Political Religion: a concept and its critics - a critical Survey”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 6, (1), (2005), 19–32; el ya citado Streigmann-Gall, *The Holy Reich. Nazi Conceptions of Christianity, 1919-1945*; Doris L. Berger, “Nazism and Christianity: Partners and Rivals? A response to Richard Steigmann-Gall”, *The Holy Reich. Nazi Conceptions of Christianity, 1919-1945*, *Journal of Contemporary History* 42 (1), (2007), 25-33; Richard Steigmann-Gall, “Christianity and the Nazi Movement: A response”, *Journal of Contemporary History* 42 (2) (2007), 185-211; Hans Maier, “Political Religion: a Concept and its Limitations” *Totalitarian Movements and Political Religions*, Volume 8, n. 1 (2007), 5–16; y muy especialmente el número coordinado por Matthew Feldmann and Marius Turda de *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 8, (2) (2007), sobre el denominado ‘fascimo clerical’.

¹⁸ Martin Blinkhorn, “Introduction. Allies, rivals, or antagonist? Fascist and conservatives in modern Europe”, en M. Blinkhorn (ed.), *Fascist and Conservatives. The Radical Right and the establishment in twentieth-century Europe* [Londres: Unwin Hyman, 1990], 1-14.

Procesos de sacralización de la patria en las dictaduras fascistas

Veamos con algo más de detalle cómo se realizaron estos procesos de sacralización en las dictaduras fascistas. En Italia, los propios fascistas se decantaron desde un principio por definir a su movimiento como una “nueva religión”.¹⁹ Como hemos apuntado antes, este nuevo culto partía de una idea inicial de Italia como nación orgánica de corte romántico y situaba al pueblo italiano como mito central. Pero muy pronto el fascismo incorporó elementos católicos en su discurso y en sus rituales. La parafernalia militar y los discursos ultra nacionalistas se fueron complementando con rezos a distintas vírgenes y liturgias católicas en un proceso que podemos denominar de ‘catolización’ del fascismo.

Este proceso estuvo motivado por el ansia de poder de Mussolini, quien entendió perfectamente que su movimiento sólo era viable en conjunción con el catolicismo. En un intento por desmarcarse de su colaboración con el fascismo tras al Segunda Guerra Mundial, la Iglesia católica y parte de la historiografía más conservadora ha tendido a subrayar el carácter anticlerical del fascismo, pero lo cierto es que el movimiento de Mussolini mantuvo posturas contra el Vaticano únicamente durante sus primeros meses de vida. En realidad, la retórica anticlerical de los ‘Fasci italiani di combattimento’ se mantuvo desde su creación en marzo de 1919 hasta las elecciones de noviembre de ese año, cuando el grupúsculo de Mussolini fue humillado al no conseguir ningún escaño. Ante tal panorama Mussolini decidió en 1920 dotar al fascismo de algo más de respetabilidad y, sin dejar las acciones violentas contra los socialistas, dio un giro a la derecha que le llevó a abandonar el anticlericalismo y a asumir un programa de defensa del orden social. Viendo perfectamente donde podía pescar votos, Mussolini formó una alianza electoral con los nacionalistas y los liberales conservadores en mayo de 1921. El 7% obtenidos por la coalición conservadora le dejaron muy claro a Mussolini cual era la pauta ideológica a seguir. Cuando en noviembre de 1921 se funda el ‘Partito Nazionale Fascista’, su agenda política era claramente conservadora y se abogaba por un Estado fuerte, por el liberalismo económico y por el crecimiento de las clases medias.²⁰

Junto con la derechización del movimiento, otros elementos contribuyeron a la catolización del fascismo. Desde 1922 muchos católicos, los llamados clérico-fascistas, se sintieron atraídos por el fascismo y pasaron a ingresar las filas del partido o a montar organizaciones paralelas de apoyo a las políticas anticomunistas y procatólicas del Duce, como fueron ‘Unione Nazionale’, ‘Unione Costituzionale’ o el ‘Centro Nazionale Italiano’.²¹ En las elecciones de 1924, el desastre para los católicos del ‘Partito Popolare’ se consumó cuando sus votantes se pasaron en masa al Bloque Nacional que lideraba Mussolini.²² Los acuerdos de Letrán de 1929 no hicieron más que confirmar que el Vaticano podía ser integrado de un modo armónico en el Estado fascista que construía Mussolini. En muchos aspectos los proyectos palingenésicos de resurgimiento nacional que propugnaba el fascismo coincidían con el renacimiento moral y espiritual de Europa que buscaba la Santa Sede en su lucha contra la secularización. El amplio apoyo social de los católicos al fascismo no fue debido a que una masa de italianos se sintieran desconcertados ante un proceso de modernización laico y buscara en el movimiento mussoliniano una religión alternativa a la cristiana, sino precisamente porque entendieron que el fascismo era el mejor vehículo para proteger los objetivos, intereses y proyectos políticos del catolicismo. De un modo complementario, si los fascistas se catolizaron, adoptando credos, liturgias, principios y rituales cristianos, fue porque sabían que esto hacía atractivo al movimiento y al régimen para los católicos.²³

¹⁹ John Pollard, “‘Clerical Fascism’: Context, Overview and Conclusion”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, Vol. 8, n. 2, (2007), 444.

²⁰ Martin Blinkhorn, *Mussolini and Fascist Italy*, [Londres: Methuen, 1984]; Adrian Lyttelton y Douglas Parmée, *Italian Fascism: from Pareto to Gentile*, [Londres: Harper and Row, 1973].

²¹ Pollard, “‘Clerical Fascism’”, 433.

²² Michael Burleigh, *Sacred Causes. Religion and Politics from the European Dictators to Al Qaeda* [Londres: Harper Collins, 2006], 34. Debemos tener en cuenta, no obstante, que las elecciones distaron mucho de ser limpias con los fascistas controlando el proceso electoral y manipulando los resultados.

²³ Pollard, “‘Clerical Fascism’”, 435, 443-444.



Imagen 1: La ‘fascistización’ de símbolos católicos fue uno de los procesos fundamentales en la sacralización de la nación italiana durante la Dictadura de Mussolini.

La convivencia del fascismo con la religión no fue exclusiva del catolicismo. Otras confesiones cristianas se mostraron también claves para el desarrollo y la consolidación del fascismo. En Alemania, la concepción del nazismo como una religión también estuvo presente desde un principio. Hitler tuvo muy claro que para que el nazismo pudiera ser algo más que uno de los múltiples grupos de ultraderecha en la Alemania de posguerra, tenía que sacralizar la idea de la nación germana y convertir al partido en una institución religiosa. “Nosotros seremos la Iglesia” les comentó a sus colaboradores al explicarles el papel del partido.²⁴

Si bien su concepto de nación se basaba en la mitología del ‘völkisch’ alemán y era fundamentalmente racial, los nazis incorporaron todo un arsenal religioso a sus rituales patrióticos. Pero, como en el caso de Italia, fue la incorporación de cristianos al movimiento fascista lo que facilitó la asimilación de componentes religiosos en el movimiento nazi. Los estudios electorales nos han mostrado que fueron los protestantes, y sobre todo los luteranos de las zonas rurales, los que votaron masivamente a los nazis entre 1930 y 1933.²⁵ Muchos luteranos apoyaron en un primer momento al nazismo porque su discurso encajaba con facilidad en el marco de referencia político-religioso de estos.²⁶ La defensa nazi del orden social, junto con su virulento anticomunismo, su radical antisemitismo y la idealización del mundo rural eran también parte de la teología nacionalista de la Iglesia luterana en Alemania. Algunos católicos alemanes, por su parte, supieron combinar perfectamente el antisemitismo cristiano tradicional con el racista ‘moderno’ de los nazis, por lo que el discurso nazi antisemita también acabó calando en parte del electorado católico.²⁷

Muy pocos vieron al nazismo como una amenaza real para el protestantismo. Hitler se cuidó mucho de atacar a las confesiones protestantes y les prometió respeto por la religión una vez

²⁴ Burleigh, *Sacred causes*, 17.

²⁵ Steigmann-Gall, “Nazism and the Revival of Political Religion Theory”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, Vol. 5, n. 3 (2004), 376-396.

²⁶ Rohkrämer, *A Single*, 4, 16-21.

²⁷ Ehret, “Understanding the Popular Appeal of Fascism”, 1249-1250.

llegará al poder.²⁸ Cuando esto ocurrió, Hitler no tuvo mayor empacho en declararse católico en sus reuniones con los obispos alemanes en 1933, a la vez que les decía que el nazismo protegería a la Iglesia católica.²⁹ Además, los líderes nazis que abogaron por potenciar los cultos paganos dentro del movimiento, como Alfred Rosenberg y Heinrich Himmler, fueron públicamente desautorizados por Hitler y sus propuestas tuvieron muy poco recorrido. El apoyo social del nazismo se encontró entre los cristianos. Una gran proporción de la Iglesia protestante organizó los denominados ‘Cristianos Alemanes’ (*Deutsche Christen*), grupos luteranos que apoyaron abiertamente al régimen y defendieron una versión germánica de la cristiandad en la que se presentaba a Jesucristo, no como un judío, sino como una especie de héroe nórdico proto-nazi.³⁰ Más que un culto neopagano lo que surgió durante la dictadura de Hitler fue un nuevo cristianismo ‘nazificado’. Al fin y al cabo, la gran mayoría de los alemanes, incluyendo a aquellos que llevaron a cabo asesinatos en masa, torturas y experimentos con seres humanos, siguieron siendo miembros de confesiones cristianas durante todo el régimen nazi.³¹

Procesos de sacralización de la patria en las dictaduras nacionalistas cristianas

En las dictaduras no estrictamente fascistas el proceso de sacralización de la nación se hizo partiendo de concepciones cristianas de la patria y asociando a grupos nacionales con determinadas confesiones. Durante la dictadura de Primo de Rivera, los ideólogos del régimen elaboraron un discurso en el que el catolicismo se considera como esencia de la patria. Como bien observaron algunos contemporáneos, los discursos y comunicados de Primo de Rivera abundaban en una retórica religiosa, en la cual el patriotismo se consideraba una “fe”, su diseminación un “evangelio” y los miembros del partido oficial eran exhortados a convertirse en “apóstoles” del nacionalismo español.³² Para el dictador, adorar a la patria era un deber “sacrosanto”, la unión nacional era “sagrada” y pronunciarse en contra de España constituía un “pecado cívico”.³³ Basado en una interpretación providencial y vitalista de la historia, el discurso de los primorriveristas dotaba a la nación de cualidades sagradas innatas, al tiempo que defendía la religión católica como el ‘Volkgeist’ (el espíritu del pueblo) español. Como en todo nacionalismo definido por factores étnicos siguiendo la tradición romántica alemana, incluyendo el fascismo italiano, la nación se presenta como un organismo vivo, y todos los individuos y territorios están totalmente subordinados a él. El catolicismo, además, era considerado el valor espiritual que regeneraría políticamente a la nación, así como una herramienta para sembrar el patriotismo entre las masas.³⁴

El franquismo no varió mucho el discurso y también entendió a la nación española como esencialmente católica. En primer lugar porque muchos de los ideólogos del primorriverismo acabaron formando parte de los primeros gobiernos franquistas. José María Pemán, por ejemplo, hablaría entonces del proyecto franquista como un “totalitarismo cristiano”, mientras que José Pemartín defendía crear un régimen fascista basado en la ortodoxia católica: “El fascismo es, en efecto, una concepción ética y totalitaria, y que tiene - y sobre todo en España ha de tener - un

²⁸ Burleigh, *Sacred causes*, 36.

²⁹ *Ibid*, 174.

³⁰ Evans, “Richard J., “Nazism, Christianity and Political Religion: A Debate”, *Journal of Contemporary History* vol. 42 (1), (2007), 6.

³¹ Steigmann-Gall, *The Holy Reich*.

³² Entre los muchos ejemplos, puede verse el discurso de Primo de Rivera en Barcelona en octubre de 1923, en Manuel Rubio Cabeza, *Crónica de la Dictadura* [Barcelona: Nauta, 1974], 77-78.

³³ Miguel Primo de Rivera, Primo de Rivera, Miguel, *Disertación ciudadana destinada a mantener la comunicación entre el Gobierno y los gobernados sobre algunos aspectos de la vida pública*, [Madrid: Imprenta Clásica Española, s. f], 13-14, 36.

³⁴ Alejandro Quiroga Fernández de Soto, *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera. (1923-1930)* [Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 2008], 106-113.

fundamento espiritual. Es indispensable, en lo espiritual, poner los medios más eficaces para volver a constituir la unidad religiosa, moral e histórica de España”³⁵

Por otro lado, el componente falangista, tan importante en el primer franquismo, no vino a secularizar en exceso ni la ideología ni los rituales del régimen ya que los fascistas españoles, con la excepción de Ramiro Ledesma Ramos, heredaron un concepto según el cual el catolicismo era un elemento consustancial de la nación. Así, los falangistas presentaron sus sueños imperiales, la condena al pensamiento ilustrado y la exaltación de la figura de Mussolini como compatibles con el catolicismo, de un modo muy parecido a como lo habían defendido los propagandistas de la Unión Patriótica de Primo de Rivera unos pocos años antes.³⁶

La importancia de la religión se vio clara en los ritos y las ceremonias patrióticas que tuvieron un componente católico perenne tanto en la dictadura de Primo de Rivera como en la de Francisco Franco. Durante el régimen del marqués de Estella, muchas de las ceremonias de la Unión Patriótica, los somatenes y el mismo Ejército incorporaron misas en honor a España. Se trataba de ceremonias patrióticas en las que se utilizaban los ritos católicos, pero donde se celebraba a la nación como ser supremo, por encima del dios cristiano.³⁷ Las ceremonias franquistas siguieron un modelo parecido, incorporando y yuxtaponiendo las liturgias tradicionales cristianas y sus símbolos con la iconografía fascista.³⁸ Como en Italia, estos rituales oficiales mostraron que en el campo ceremonial, como en el discursivo, no había mayor problema en ‘fascitizar’ al catolicismo y en catolizar al fascismo: el proceso fue de doble dirección durante el primer franquismo.



Imagen 2: Ceremonia de la Jura de la Bandera durante la Dictadura de Primo de Rivera. En el ritual la enseña española era bendecida en público por las autoridades eclesíásticas.

³⁵ Las ideas del “totalitarismo cristiano” de Pemán, en Alejandro Quiroga Fernández de Soto, “La revista sol y Luna y el nacionalismo argentino”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 611, (mayo 2001), 67-74. La cita de Pemartín en su libro, *Qué es ‘Lo Nuevo’. Consideraciones sobre el momento español presente* [Sevilla: Tipografía Álvarez Zambrano, 1937], 148-149.

³⁶ Para estas ideas de los líderes del fascismo español, véase Jose Antonio Primo de Rivera, *Obras Completas*, [Madrid: 1954], 49-51, 53-54, 64-69, 127, 286-287, 754, 757; Onésimo Redondo, *Textos Políticos* [Madrid: 1975], 156-172. La principal excepción a este concepto católico de la nación la encontramos en los escritos de Ramiro Ledesma Ramos, cuyos postulados laicos eran poco comunes entre los fascistas españoles. Véase, por ejemplo, *La Conquista del Estado*, n. 10, 16-5-1931.

³⁷ Quiroga, *Haciendo*, 164-166, 271-281, 306-310.

³⁸ Para el intento de Franco de crear una religión política, véase los trabajos ya citados de Elorza, “El franquismo, un proyecto de religión política” y Zira Box, “Secularizando el Apocalipsis” y “El calendario festivo franquista”.

Lo que hizo posible el mantenimiento de las dictaduras de Primo de Rivera y Franco fue la colaboración de amplios sectores del catolicismo español y el apoyo del Vaticano. Durante los primeros años de la dictadura primorriverista, la jerarquía eclesiástica se mostró encantada de participar en el proyecto del marqués de Estella y los católicos sociales de la Confederación Nacional Católica de Propagandistas entraron en masa en la Unión Patriótica y el Somatén Nacional.³⁹ Y fueron precisamente los proyectos de Primo de Rivera de reforzar el papel del Estado en la educación primaria y secundaria y la creación de un sistema corporativo que excluía a los sindicatos católicos, lo que llevó a un enfrentamiento entre la Iglesia y los primorriveristas que dañó de un modo irreversible el apoyo de los católicos sociales al régimen. En el caso del franquismo, la jerarquía eclesiástica dotó de justificación moral a los sublevados contra la II República con sus pastorales de apoyo a la insurrección.⁴⁰ En el ámbito local, de un modo complementario, muchos párrocos participaron activamente en la represión durante y después de la guerra. En particular, los curas se especializaron en delatar a feligreses con simpatías republicanas a las autoridades franquistas, para que fueran asesinados o recluidos en campos de concentración.⁴¹ Tras el fin de la contienda, a la Iglesia católica se le permitió cierto 'botín de guerra' y pasó a controlar la mayoría del sistema educativo dentro del régimen franquista.⁴²

El catolicismo fue también determinante en la dictadura de Oliveira Salazar. Este catedrático de economía política y líder del Centro Católico creó un Estado Novo basado en principios nacionalistas, clericales y corporativos. Más allá del debate sobre el carácter fascista del régimen portugués, conviene señalar la profunda influencia que tuvieron los escritos de Charles Maurras en Salazar. Como el ultraderechista francés, el profesor portugués ya desde su época de militante católico consideró el derecho político cristiano "incompatible con una concepción democrática de la legitimidad fundada en la voluntad de la mayoría", lo que hacía "necesaria una sociedad no igualitaria y jerarquizada".⁴³ No es de extrañar pues que el Estado corporativo portugués combinara principios de la 'Carta del Lavoro' del fascismo italiano, como el sindicato único gubernamental recogido en el 'Estatuto do Trabalho Nacional' de 1933, con los modelos del catolicismo social de la Tour du Pin y León XIII y el integralismo de Antonio Sardinha.⁴⁴

Como en el caso del primorriverismo y del franquismo, la Iglesia participó gustosa en la construcción de la dictadura portuguesa, le otorgó legitimidad moral y movilizó a los católicos en favor del régimen.⁴⁵ Así, la Iglesia apoyó el ingreso de sus feligreses en la 'União Nacional', el partido del gobierno, y en la 'Legião Portuguesa', la milicia del régimen creada, entre otras cosas, para captar a los sectores fascistas descontentos con la ilegalización de los nacionalsindicalistas de Rolão Preto. Y si bien la jerarquía eclesiástica se opuso en un principio al encuadramiento obligatorio de la juventud en la 'Mocidade Portuguesa', ya que esto supuso la disolución del católico 'Corpo Nacional de Escutas', la Iglesia acabó aceptando la organización paramilitar una vez Marcelo Caetano, antiguo dirigente juvenil católico, fue puesto al frente de ésta en 1940.⁴⁶

Como cualquier otra dictadura en el periodo de entreguerras, la portuguesa creó sus espacios 'sacros' donde conmemorar a la nación en fiestas y exposiciones patrióticas. Aunque

³⁹ Carmelo Adagio, *Chiesa e Nazione in Spagna. La dittatura di Primo de Rivera (1923-1930)* [Milán: Unicopli, 2004].

⁴⁰ Hilari Ragner, *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil Española* [Barcelona: Península, 2001].

⁴¹ Cazorla Sánchez, Antonio, *Fear and Progress. Ordinary Lives in Franco's Spain, 1939-1945* [Oxford: Wiley-Blackwell, 2009], 28-29.

⁴² Julián Casanova, *La Iglesia de Franco* [Madrid: Crítica, 2005].

⁴³ Josep Sánchez Cervelló, "El Estado Novo salazarista: una dictadura autoritaria y corporativa", en Juan Antón Mellón (ed.), *Orden, jerarquía y comunidad. Fascismos, dictaduras y posfascismos en la Europa contemporánea* [Barcelona: Tecnos, 2002], 213.

⁴⁴ Nuno Luís Madureira, "Cartelization and Corporatism: Bureaucratic Rule in Authoritarian Portugal, 1926-45", *Journal of Contemporary History*, (2007), vol. 42 (1), 90, 94.

⁴⁵ António Costa Pinto y Maria Inácia Rezola, "Political Catholicism, Crisis of Democracy and Salazar's New State in Portugal", *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 8, n. 2, (2007), 358-368.

⁴⁶ Sánchez Cervelló, "El Estado Novo salazarista", 202-203.

Salazar desconfiaba del partido como instrumento organizador de grandes rituales patrióticos de masas al estilo nazi, sí apostó por movilizar a la población con espectáculos promovidos por el Estado como modo de legitimar al régimen y nacionalizar a las masas en principios autoritarios, imperiales y católicos. En la década de los treinta la dictadura creó un ‘Secretariado da Propaganda Nacional’ y refundó la Academia Portuguesa de la Historia para promocionar la idea de ‘portugalidade’. En esa misma década, el régimen organizó congresos y exposiciones casi todos los años sobre el tema del imperio y en 1940 tuvo su mayor éxito propagandístico con la Exposición del Mundo Portugués, unos fastos que combinaron modernismo arquitectónico fascista y colonialismo con la celebración de la firma de un nuevo concordato. En junio de 1940, el papa Pío XII agradeció el acuerdo en una encíclica en la que el pontífice felicitaba al régimen por el reciente “renacer espiritual del pueblo portugués”.⁴⁷

Procesos de sacralización de la patria en Europa del Este

Si miramos lo que ocurrió en las dictaduras del Este de Europa la situación adquiere un grado más de complejidad debido a la variedad étnica de los países surgidos tras la Primera Guerra Mundial. En cualquier caso, lo que tuvieron en común las dictaduras contrarrevolucionarias del periodo de entreguerras en Europa Oriental fue que se basaron en un nacionalismo cristiano de alto contenido antisemita. Una vez la política expansionista de los nazis fue consolidando (o creando) dictaduras títeres en el Este, muchos de estos regímenes se vieron marcados por la alta participación de cristianos en la represión y exterminio de judíos y otras minorías.

En Polonia, *Polak-Katolik* fue slogan de los nacionalistas polacos, ya durante los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. Pero no fue hasta la década de los veinte, una vez construido un Estado polaco propio, cuando el catolicismo adquirió tintes abiertamente antisemitas. Durante la dictadura de Józef Pilsudski (1926-1935), el antisemitismo caló más allá de los grupos nacionalistas y muchos católicos de base y miembros de la Iglesia polaca se dedicaron a apoyar, defender y propagar un mensaje de intolerancia y represión de los judíos.⁴⁸ En la década de los treinta, el ‘Stronnictwo Narodowe’, (Partido Nacional), se convirtió en el primer partido nacionalista en cuanto al número de votos con un programa conservador, clerical y antisemita. No es de extrañar por tanto, que cuando en 1934 la vertiente fascista del partido se escindió para formar ‘Oboz Narodowo Radykalny’ ONR (Liga Nacional Radical), ésta mantuviera el antisemitismo, antigermanismo y catolicismo de sus hermanos mayores.⁴⁹ Pieza fundamental en los procesos de sacralización de la patria y de propagación del odio a los judíos fue la Iglesia católica polaca. Lejos de ser una institución caritativa, la Iglesia participó activamente en los boicots económicos y la marginación social de los judíos polacos, reiteradamente presentados como enemigos políticos y religiosos desde el púlpito. Todo esto contribuyó a la consolidación de un antisemitismo cristiano radical durante los años treinta, que vendría a facilitar poco más tarde un alto grado de participación de la población civil polaca en el Holocausto.⁵⁰

En Lituania, las manifestaciones de clericalismo y antisemitismo se dejaron notar ya durante la época parlamentaria (1920-1926). En esos años el control político que los curas ejercían sobre la mayoría de los campesinos sirvió para orientar el voto hacia partidos conservadores. El golpe militar del 17 de diciembre de 1926 no resolvió inicialmente la lucha por el poder y enfrentó a la Unión Nacionalista Lituanica con los cristiano-demócratas. De la pugna salieron finalmente victoriosos los nacionalistas, liderados por el profesor de historia Augustinas Voldemaras, quien

⁴⁷ David Corkill y José Carlos Pina Almeida, “Commemorations and Propaganda in Salazar’s Portugal: The *Mundo Português* Exposition of 1940”, *Journal of Contemporary History*, (2009), vol. 44 (3), 381-399.

⁴⁸ Brian Porter “The Catholic Nation Religion, Identity, and the Narratives of Polish History”, *Slavic and East European Journal*, 45, 2 (2001), 297.

⁴⁹ Szimon Rudnicki, “Right-wing Radicalism in Contemporary Poland”, en Jerzy W. Borejsza y Klaus Ziemer (ed.), *Totalitarian and authoritarian regimes in Europe. Legacies and Lessons from the Twentieth Century* [Oxford: Berghahn Books, 2006], 354-55.

⁵⁰ Ronald E. Modras, *The Catholic Church and Antisemitism: Poland, 1933-1939* [Chur: Harwood Academic Publishers, 1994], 396.

ejerció de dictador entre mayo de 1927 y septiembre 1929, a quien siguió el profesor de derecho Antanas Smetona de octubre de 1929 hasta la invasión soviética de junio de 1940.⁵¹ En la década de los treinta el antisemitismo y el ultranacionalismo se vieron aderezados con la construcción de un culto a la figura de Smetona. Un proceso similar se dio en los regímenes autoritarios en Estonia y Letonia, donde el cóctel de nacionalismo, religión y antisemitismo se convirtió en la argamasa ideológica de las dictaduras bálticas durante los años treinta.⁵²

El odio a los judíos no fue herramienta nacionalizadora exclusiva de los católicos. También encontramos grandes dosis de antisemitismo en la ortodoxa Rumania. Allí la Iglesia contribuyó a difundir una imagen del hebreo como rico avaro, que tuvo buena acogida entre la población rural cristiana. Una imagen, por otro lado, que también se aplicó a las minorías húngaras y alemanas de la Gran Rumania, la Rumania ampliada que surge tras la Primera Guerra Mundial, para azuzar la xenofobia.⁵³ La ‘rumanidad’ pasó a definirse en términos religiosos, a la par que el cristianismo se convertía en el vínculo de unión entre fascistas. Como señalaba Ion Mota, uno de los miembros de la fascista Legión del Arcángel San Miguel (también conocida como Guardia de Hierro), que fue a luchar con los franquistas a España:

“Ninguna fuerza, ningún amor es superior al de la raza [...] salvo la fuerza de Cristo y el amor por él. Cristo es el mismo en España que en Rumania [...] estamos defendiendo a la Cristiandad en una tierra extranjera, estamos defendiendo una fuerza que emana de la fuerza de nuestra gente, y fluye por nuestro amor a la cruz, estamos obedeciendo aquí en España nuestro amor por el pueblo rumano.”⁵⁴

Mota murió en España a los pocos días de escribir estas líneas. Su cuerpo fue enterrado en Rumania en febrero de 1937, junto al de su camarada Vasile Marin, en una ceremonia que solapaba los recientemente inventados ritos fascistas con los cristianos ortodoxos.⁵⁵ En 1938 el rey Carol II decidió aumentar su poder, crear una dictadura personal y deshacerse de la fascista Guardia de Hierro, la cual acabó prohibiendo. En su lugar el rey creó el Frente del Renacimiento Nacional, un partido gubernamental de inspiración fascista con un alto componente antisemita. Muy consciente de la necesidad de movilizar y nacionalizar a las masas, Carol II intentó, además, crear un culto de personalidad de la figura regia, apoyándose en la ‘Straja Țării’, la asociación paramilitar inspirada en las juventudes hitlerianas que él mismo había creado en 1935.⁵⁶

La creación de Estados satélites de Alemania y la Segunda Guerra Mundial radicalizaron la actitud de los movimientos ultraderechistas en Europa del Este y las dictaduras nacionalistas cristianas aumentaron su labor represiva de los considerados enemigos internos de la patria. Esta labor vino facilitada por un solapamiento de tradiciones antisemitas. Se mezclaron el antisemitismo clásico cristiano, muy arraigado en la Europa del Este, con el antisemitismo racial de origen alemán. Además hubo incentivos materiales para el exterminio de judíos. Hitler se inventó el concepto de ‘Volksdeutsche’, un término que hacía referencia a aquellas personas de Europa del Este cuya cultura y lengua tenía un origen alemán, pero que no tenía la ciudadanía alemana. Los nazis promocionaron

⁵¹ Algimantas Kasparavičius, “The Historical Experience of the Twentieth Century: Authoritarianism and Totalitarianism in Lithuania”, en Jerzy W. Borejsza y Klaus Ziemer (ed.), *Totalitarian and authoritarian regimes in Europe. Legacies and Lessons from the Twentieth Century* [Oxford: Berghahn Books, 2006], 303-06; Timothy Snyder, *The Reconstruction of Nations: Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus, 1569–1999* [New Haven: Yale University Press, 2004], 62–63.

⁵² Dov Levin, “On the Relations between the Baltic Peoples and their Jewish Neighbors Before, During and After World War II”, *Holocaust and Genocide Studies*, 5/1 (1990), 53-66.

⁵³ Zvi Yavetz, “An eyewitness note: reflections on the Romanian Iron Guard”, *Journal of Contemporary History*, vol. 26. n. 3 – 4, (1991), 599.

⁵⁴ Los comentarios de Mota, en Roger Griffin (ed.), *Fascism. A Reader* [Oxford: Oxford University Press, 2000], 220. La traducción del inglés es mía.

⁵⁵ Valentin Sandulescu, “Sacralized Politics in Action: the February 1937 Burial of the Romanian Legionary Leaders Ion Mota and Vasile Marin”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, Vol. 8, n. 2, 203, (2007), 259-269.

⁵⁶ Radu Ioanid, “The Sacralised Politics of the Romanian Iron Guard”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 5, n. 3 (2004), 419-453.

este nuevo concepto en los territorios ocupados y permitieron a aquellos considerados parte del Volkedeutsch adquirir las propiedades de los judíos que eliminaban.⁵⁷

A raíz de la partición alemana de Checoslovaquia en marzo de 1939, se creó en Eslovaquia una dictadura clerical con el beneplácito de los nazis. El campo antisemita había sido previamente abonado por el padre Hlinka, un nacionalista ultracatólico que se había hecho con el liderazgo del Partido del Pueblo Eslovaco. Tras la muerte de Hlinka, el Partido del Pueblo Eslovaco pasó a estar liderado por el sacerdote y profesor de teología Jozef Tiso y se convirtió de hecho en el partido único del país. Se fundó entonces la Guardia Hlinka, unas ‘tropas de asalto’ especializada en ataques callejeros a los judíos y que fueron concebidas a imagen y semejanza de la Guardia de Hierro rumana y entrenadas por las SS alemanas.⁵⁸ En 1941 Tiso aprobó una legislación antisemita copiada de las Leyes de Núremberg. Con el denominado Código Judío se obligaba a los hebreos a llevar un brazalete amarillo y se les prohibía casarse con católicos, matricularse en institutos de secundaria y universidades y acceder a toda una retahíla de puestos de trabajo. Al año siguiente comenzaron las deportaciones de judíos a los campos de exterminio alemán, dándose la peculiaridad de que el gobierno eslovaco pagó a los germanos por el transporte de los hebreos.⁵⁹

Los italianos también jugaron su parte en lo que hoy denominamos limpieza étnica. Mussolini financió a la Ustaše croata de Ante Pavelić durante toda la década de los treinta. Después de la invasión alemana del Reino de Yugoslavia y la creación de un Estado croata independiente, Pavelić llevó a cabo su “revolución racial” con el asesinato en masa de judíos, gitanos y serbios, quienes por entonces constituían el 30% de la población en Croacia. Para lidiar con el ‘problema serbio’ Pavelić aprobó un plan que contemplaba el exterminio de un tercio de serbios, la expulsión de otro tercio y bautizos forzosos al catolicismo para el tercio restante. La Iglesia católica croata colaboró activamente tanto en las matanzas como en los ‘rebautizos’ de serbios con la participación de sacerdotes, en particular de franciscanos. El resultado fueron unos 330.000 serbios asesinados.⁶⁰ Tras la caída de su régimen, Ante Pavelić escapó a Viena en mayo de 1945 con el oro del Banco Nacional de Croacia. Posteriormente, el Vaticano le ayudó a huir a Argentina donde encontró un refugio temporal. Finalmente, fue la dictadura franquista la que acogió a Pavelić hasta su muerte en Madrid el 28 de diciembre de 1958.⁶¹



Imagen 3: La jerarquía eclesiástica católica formó una parte fundamental del régimen fascista croata instalado por los nazis tras la invasión de Yugoslavia.

⁵⁷ Doris L. Bergen, “The Nazi Concept of ‘Volksdeutsche’ and the Exacerbation of Anti-Semitism in Eastern Europe, 1939-1945”, *Journal of Contemporary History*, vol. 29, n. 4, (1994), 569-570.

⁵⁸ Yeshayahu Jelinek, “Storm-Troopers in Slovakia: The Rodobrana and the Hlinka guard”, *Journal of Contemporary History*, vol. 6, n. 3 (1971), 97-98.

⁵⁹ *Ibid*, 110-112.

⁶⁰ Jože Pirjevec, “King Alexander, Ante Pavelic and Josip Broz-Tito: Three Experiments in Totalitarianism”, en Jerzy W. Borejsza y Klaus Ziemer (ed.), *Totalitarian and authoritarian regimes in Europe. Legacies and Lessons from the Twentieth Century* [Oxford: Berghahn Books, 2006], 349.

⁶¹ *Ibid*, 349.

Tanto en la Europa Oriental como en la Occidental, la idea de fusionar lo secular del fascismo con lo sagrado de la cristiandad tuvo tirón para muchos clérigos y cristianos de base. El radicalismo fascista y otras opciones laicas de la extrema derecha parecieron combinables con los principios cristianos para luchar contra el comunismo ateo y, en último término, tratar de encontrar una solución a los muchos problemas que planteaba la crisis de la modernidad.⁶² El tirón de esta yuxtaposición de ideas ayuda a entender por qué amplios sectores cristianos participaron activamente en la represión de disidentes políticos y minorías étnicas que llevaron a cabo las dictaduras de la Europa de entreguerras en nombre de la patria y los valores religiosos.⁶³ Y la fuerza del cristianismo ‘fascistizado’ también nos sirve para esbozar los motivos que llevaron a muchos cristianos en Alemania, Croacia, Polonia y Ucrania, por citar unos pocos casos, a participar en el genocidio de judíos.⁶⁴

En toda Europa el intercambio de ideas, ritos y personal político entre el fascismo y los nacionalistas ultraderechistas cristianos dio lugar a un proceso de doble dirección: los fascistas se ‘cristianizaron’ y los cristianos se ‘fascistizaron’. Este proceso fue posible porque todos los grupos de la derecha contrarrevolucionaria compartían una serie de marcos ideológicos y culturales comunes, tales como el antisemitismo, el anticomunismo, el corporativismo, la idealización del mundo rural y el nacionalismo radical. Se trataba de un universo mental flexible en tanto en cuanto permitía la interacción y yuxtaposición de diversas ideas y rituales laicos y sacros, pero que era fundamentalmente compartido por aquellos sectores sociales más influidos por la religión, esto es, por las clases medias rurales y, en menor medida, las urbanas.

Miedo de clase

Los dictadores y sus propagandistas presentaron siempre sus regímenes como interclasistas y apelaron al nacionalismo para superar los conflictos de clase. Como escribía el canónigo Juan de Mugueta durante la Dictadura de Primo de Rivera, el patriotismo era “el fuego sagrado [...] el maravilloso fundente de todos los antagonismos de clase, de todas las diferencias partidistas y desacuerdos políticos, en el áureo troquel de la unidad nacional”.⁶⁵

Sin embargo, lo cierto es que el elemento de clase estuvo muy presente en las culturas políticas de la época. En algunas ocasiones, los ideólogos de la derecha contrarrevolucionaria apelaron directamente a las clases medias como vanguardia de los proyectos dictatoriales. Así, José Pemartín criticó el egoísmo de los sistemas políticos burgueses, pero también reclamó el apoyo de las clases medias a la Dictadura de Primo de Rivera.⁶⁶ Además, su intención era crear “una fecunda

⁶² Matthew Feldman y Marius Turda, “Clerical Fascism in Interwar Europe: An Introduction”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 8, n. 2, (2007), 207.

⁶³ Además de los casos ya señalados encontramos otras muestras claras de represión en nombre de la nación y el cristianismo en Hungría y en Austria. Béla Bodó, “‘Do not Lead us into (Fascist) Temptation’: the Catholic Church in Interwar Hungary”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 8, n. 2, (2007), 413-431; Robert Pyrah, “Enacting Encyclicals? Cultural Politics and ‘Clerical Fascism’ in Austria, 1933-1938”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 8, n. 2, (2007), 369-382.

⁶⁴ Para el caso ucraniano, Anton Shekhovtsov, “Cross and Sword: Clerical Fascism in Interwar Western Ukraine”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 8, n. 2, 271-285 y Gabriel N. Finder y Alexander V. Prusin, “Collaboration in Eastern Galicia: the Ukrainian Police and the Holocaust”, *East European Jewish Affairs*, vol. 34, n. 2 (2004), 95-96. Para Polonia, Modras, *The Catholic Church and Antisemitism*. Para Alemania, Berna Engelman, *In Hitler's Germany. Everyday life in the Third Reich* [London: Methuen, 1986]. Para Croacia, Stella Alexander, “Croatia: The Catholic Church and the Clergy, 1919-1945”, en Richard J. Wolff y Jörg K. Hönsch (ed.), *Catholics, the State, and the European Radical Right, 1919-1945* [Highland Lakes: Atlantic Research and Publications, 1987], 31-66.

⁶⁵ Juan de Mugueta, *Breviario de ciudadanía, Lecciones sucintas de ética ciudadana por el M. I. Sr. Dr. Juan Mugueta, Canónigo Magistral de Ciudad Real* (Madrid: 1927), 9, citado en Manuel Pérez Ledesma, “El lenguaje de la ciudadanía en la España contemporánea”, en Manuel Pérez Ledesma (ed.), *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España* [Centro de Estudios Políticos y Constitucionales: Madrid, 2007], 469.

⁶⁶ José Pemartín, “La muerte de una clase”, *La Nación*, 22-XI-1927.

clase de propietarios agrícolas”, que supusiera “el mayor dique contra el destructor bolchevismo”.⁶⁷ Aquellos fascistas que nunca llegaron al poder también encontraron en las clases medias la esencia de la nación. Corneliu Codreanu, el líder de los fascistas rumanos, culpaba a los judíos de “hacerse con las riquezas y destruir a la clase media rumana”, lo cual suponía un peligro mortal para el pueblo.⁶⁸

En Alemania, los nazis explotaron los valores burgueses de disciplina y orden para exigir a los trabajadores que rindieran más y así integrarlos en la comunidad nacional. Además quisieron atraerse a los miembros con mayores aspiraciones sociales de las clases trabajadoras con un discurso que ensalzaba la dignidad del trabajo y denigraba a las clases más bajas.⁶⁹ Por otro lado, los contemporáneos se dieron cuenta de qué grupos sociales eran más receptivos ante los nuevos cultos del fascismo. Comentando la “revolución nacional socialista” en un informe de 1934 para la American Academy of Political and Social Science, el norteamericano Frederick L. Schuman concluía que “el nuevo culto alemán, con su parafernalia de símbolos, rituales, himnos, sagradas escrituras, santos y mártires, verdaderamente sirve de consuelo a la maltrecha clase media.”⁷⁰

En cierto modo, el intento por ganarse el apoyo de las clases medias fue un éxito. Los estudios clásicos sobre fascismo ya presentaron este fenómeno como la expresión política de unas clases medias ‘emergentes’, que deseaban una mayor participación a nivel político y social.⁷¹ En particular se apuntó al resentimiento de la baja clase media que rechazaba una identificación con el proletariado.⁷² Estudios de sociografía histórica posteriores sobre quién votó a partidos ultraderechistas en Europa pusieron el acento en las clases medias rurales, destruyendo el mito del fascismo como un movimiento esencialmente urbano.⁷³ La comparación histórica de Gregory Luebbert también apuntó al antisocialismo del pequeño campesinado como clave a la hora de entender su apoyo a la “solución fascista” en Italia, Alemania y España.⁷⁴ Y los trabajos más recientes sobre el componente social de los movimientos fascistas han vuelto a destacar que, pese a su naturaleza interclasista, predominaba la clase media en la mayoría de los países europeos.⁷⁵

Los motivos para el apoyo de algunos sectores de las clases medias a las dictaduras contrarrevolucionarias fueron variados y complejos. Es cierto que el miedo a la ‘proletarización’, a la equiparación con clases más bajas fue un elemento de ‘derechización’ no sólo en la ciudad, si no también en el campo. En la Andalucía oriental, por ejemplo, los pequeños propietarios pasaron de votar a opciones republicanas y socialistas en 1931 a votar a la CEDA en noviembre de 1933 al considerar que las reformas agrarias del gobierno republicano-socialista del primer bienio los iba a ‘degradar’ a la categoría de jornaleros.⁷⁶ Vinculadas a las percepciones de status, estuvieron las

⁶⁷ José Pemartín *Los valores históricos en la Dictadura española* [Madrid: Arte y Ciencia, 1928], 292.

⁶⁸ “El programa de la Guardia de Hierro” (1936), en Griffin, *Fascism. A Reader*, 118.

⁶⁹ Tim Kirk, *Nazi Germany* [Londres: Macmillan, 2008], 88.

⁷⁰ Citado en Matthew Feldman y Marius Turda, “Clerical Fascism in Interwar Europe: An Introduction”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 8, n. 2, 205.

⁷¹ Como señala Pedro Carlos González Cuevas, *Historia de las derechas españolas*. [Madrid: Biblioteca Nueva, 2000], 48, en relación con las interpretaciones de Renzo de Felice en los años setenta.

⁷² Juan J. Linz, “Some notes toward a comparative study of fascism in historical perspective”, Walter Laqueur (ed.), *Fascism: A reader's guide. Analyses, interpretations, bibliography* [Berkeley-Los Angeles: University of California Press, 1976], 76; Seymour Martin Lipset, “Fascism: Left, Right and Center”, en *Political Man. The Social Bases of Fascism* [Baltimore: John Hopkins University Press, 127-179].

⁷³ Esta fue la conclusión a la que llegaron muchos de los 44 trabajos que se recogen en Stein Ugelvik Larsen et al. (ed.), *Who were the fascists? Social Roots of European Fascism* [Bergen: Scandinavian University Press, 1980].

⁷⁴ Gregory M. Luebbert, *Liberalism, Fascism or Social Democracy. Social Classes and the Political Origins of the Regimes in Interwar Europe* [Nueva York: Oxford University Press, 1991], 277-285. Unas matizaciones a la tesis de Luebbert en Julián Casanova, “Liberalismo, fascismo y clase obrera: algunas contribuciones recientes a la historia comparada de la Europa de entreguerras”, *Studia Historica – Historia Contemporánea*, X-XI, (1992-93), 101-124.

⁷⁵ Michael Mann, *Fascists* [Cambridge: Cambridge University Press 2004]. Mann señala, no obstante, que en el caso de Hungría, la clase obrera prestó un apoyo considerable al movimiento fascista.

⁷⁶ Francisco Cobo Romero, *De campesinos a electores. La modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén* [Madrid: Biblioteca Nueva, 2003].

ganancias económicas. En el Portugal de Salazar, la construcción del sistema corporativo intentó, al menos en su fase inicial, favorecer abiertamente a los propietarios de tierras y a los medianos empresarios.⁷⁷ En la posguerra española, el franquismo quiso fomentar el sistema de delaciones permitiendo a los denunciantes quedarse con propiedades de los republicanos y sus familiares, algo que tuvo un inmenso éxito a juzgar por el número de acusaciones.⁷⁸ En Alemania, las clases medias apoyaron la guerra empezada por los nazis y vieron las anexiones territoriales como una oportunidad de hacer carrera, tanto en la administración hitleriana como en los negocios.⁷⁹

Más allá de las ganancias materiales y de status que sacaran de las dictaduras contrarrevolucionarias, conviene tener muy presente que el mensaje apocalíptico de disolución social y nacional que la extrema derecha patentó en términos religiosos durante el periodo de entreguerras caló en ciertas clases medias. El triunfo de la Revolución Bolchevique y el crecimiento de un movimiento obrero cada vez más combativo hicieron que el miedo de muchos europeos a una transformación social radical fuera real. La sociología moderna ha mostrado que la fuerza de la religión en el mundo contemporáneo está ligada a la ansiedad existencial.⁸⁰ Lo que ocurrió en el periodo de entreguerras es que la ansiedad de las clases medias fue subiendo en un momento de crisis continua, primero política y, desde 1929, económica. Esto hizo que aumentara la receptividad de las ideologías políticas sacralizadas. Ante una situación de crisis política y económica que amenazaba el modo de vida de las clases medias, las ideologías sacralizadas parecían ofrecer las soluciones.

Los estudios de psicología de las religiones apuntan, por su parte, a la conexión entre la idea del renacer de la sociedad proclamado por el cristiano y el renacer de la nación prometido por los fascistas. Este mensaje palingenésico llevaba implícita la promesa de una vida mejor, que fue bienvenida en un momento de incertidumbres. Fascistas y clericales también compartían una visión del mundo basadas en categorías maniqueas (cosmos-caos, bien-mal, orden-desorden, nacional-extranjero) y universos mentales totalizadores y dogmáticos.⁸¹ La transición del clericalismo al fascismo, lejos de ser difícil, fue facilitada por concepciones bipolares de la realidad.

A la propagación del mensaje apocalíptico contribuyeron las diversas iglesias nacionales con su probada capacidad de movilización. En el caso de Italia la Iglesia católica contribuyó a consolidar la dictadura. El régimen fascista tuvo como piedra angular los Acuerdos de Letrán de 1929, que vinieron a resolver un contencioso entre el Estado italiano y el Vaticano que se arrastraba desde 1870. A partir de entonces se aceleró el proceso de politización e ideologización de la fe religiosa tradicional. En estos años, por ejemplo, se colocaron estatuas de Mussolini cerca del Cristo crucificado en los frescos de las iglesias.⁸² De los acuerdos con la Santa Sede también salió la colaboración de la mayor asociación del país, 'Azione Cattolica', con el gobierno fascista. El concordato reconoció la existencia de 'Azione Cattolica' como organización eclesial independiente y, a cambio, ésta movilizó a niños, jóvenes, universitarios y trabajadores de clase media en favor del régimen de Mussolini.⁸³

En Alemania también hubo organizaciones cristianas que apostaron por cooperar con la dictadura. El caso de la Iglesia católica fue algo más complejo que en Italia, porque si bien muchos católicos eran miembros del partido nazi y, además, se dio un número desproporcionado de católicos entre los líderes del NSDP, el episcopado alemán se declaró contrario al movimiento en

⁷⁷ Madureira, "Cartelization and Corporatism", 95.

⁷⁸ Peter Anderson, "Singling Out Victims: Denunciation and Collusion in the Post-Civil War Francoist Repression in Spain, 1939—1945", *European History Quarterly*, Vol. 39, No. 1,(2009), 7-26.

⁷⁹ Tim Kirk, "Working Towards the Reich. The Reception of Nazi Cultural Politics in South-Eastern Europe", en Anthony McElligott y Tim Kirk y (ed.), *Working Towards The Fuhrer: Essays In Honour Of Sir Ian Kershaw*, [Manchester: Manchester University Press, 2003], 210.

⁸⁰ Burleigh, *Sacred causes*, 14.

⁸¹ Dick Anthony, Thomas Robbins y Steven Barrie-Anthony, "Cult and Anticult Totalism: Reciprocal Escalation and Violence", *Terrorism and Political Violence*, 14/1 (2002), 214-216.

⁸² Moro, "Religión and Politics", 81.

⁸³ Jorge Dagnino, "Catholic Modernities in Fascist Italy: the Intellectuals of *Azione Cattolica*", *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 8, n. 2, 329-341.

1931. La tensión duró hasta el Concordato de 1933, en el que el Estado alemán se comprometió a garantizar la libertad de enseñanza en las escuelas e institutos católicos, la libertad de práctica del culto y la libertad de expresión en las publicaciones eclesiásticas. A cambio los obispos alemanes tenían la obligación de jurar fidelidad al Tercer Reich.⁸⁴ El luteranismo tuvo muchos menos problemas para integrarse en la dictadura nazi. La Liga Protestante, una de las principales asociaciones de iglesias luteranas, apoyó formalmente al 'Nationalsozialismus Deutsche Arbeiterpartei' (NSPD) en una fecha tan temprana como 1924.⁸⁵ Posteriormente los Cristianos Alemanes y la Liga para Una Iglesia Alemana intentaron una síntesis doctrinal de nazismo y cristianismo, defendieron públicamente el nacionalsocialismo y aportaron una serie de dirigentes al régimen hitleriano.⁸⁶ La idea del fascismo germano de promover una Cristiandad Positiva alemana, es decir, el intento por superar la división entre luteranos y católicos apelando a una variedad imprecisa de cristianismo supraconfesional, hizo que el nazismo se volviera aceptable, incluso atractivo, para muchos en las clases medias, especialmente en el campo y las pequeñas ciudades. No deja de ser significativo que el sector social más laico de la sociedad alemana, la clase obrera, fuera el que menos apoyó a los nazis.⁸⁷

En las dictaduras nacionalistas cristianas, el papel de las iglesias fue fundamental para justificar los regímenes contrarrevolucionarios y movilizar a las clases medias rurales y amplios sectores del campesinado en general. En Grecia, Portugal, Polonia, Hungría, Rumania y la España de Miguel Primo de Rivera, las diversas iglesias nacionales no sólo legitimaron las dictaduras con su participación activa en ellas, sino que pidieron a sus feligreses que colaborasen con los regímenes contrarrevolucionarios e ingresaran en las organizaciones, partidos y sindicatos progubernamentales.⁸⁸ Esta contribución de los religiosos al encuadramiento de masas buscó ser interclasista, pero lógicamente tuvo un éxito considerable en aquellos sectores sociales donde las iglesias tenían más influencia, esto es, entre las clases medias y medias bajas rurales. Esta movilización de creyentes fue parte de un proceso mayor de 'fascistización', que fue liderado por las élites políticas y sociales de todos los regímenes contrarrevolucionarios. Estas élites, que en el caso de Yugoslavia con Alejandro I, Bulgaria con Boris III y de Rumania con Carol II estuvieron representadas directamente por un monarca dictador, fueron paulatinamente acomodando a fascistas en sus filas o adoptando rasgos fascistas, con la aprobación generalizada de las autoridades religiosas de cada país.⁸⁹

Ahora bien, donde las iglesias fueron a jugar un papel más importante de movilización de sus feligreses a la hora de construir dictaduras contrarrevolucionarias fue en aquellos regímenes surgidos de guerras. En España, la Iglesia justificó ante el campesinado católico y los sectores más

⁸⁴ Donald Dietrich, *Catholic Citizens in the Third Reich. Psychosocial Principles and Moral Reasoning* [The State University: New Brunswick, New Jersey, 1988].

⁸⁵ Richard Steigmann-Gall, "The Nazis' 'Positive Christianity': a Variety of 'Clerical Fascism'?", *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 8, n. 2, (2007), 315-327.

⁸⁶ Doris Bergen, *Twisted Cross. The German Christian Movement in the Third Reich* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1996).

⁸⁷ Richard J. Evans, "Nazism, Christianity and Political Religion: A Debate", *Journal of Contemporary History*, vol. 42, (1), (2007), 6.

⁸⁸ Aristotle A. Kallis, "Fascism and religion: The Metaxas Regime in Greece and the 'Third Hellenic Civilization'. Some Theoretical Observations on 'Fascism', 'Political Religion' and 'Clerical Fascism'", *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 8, n. 2, (2007), 229-246; Quiroga, *Haciendo españoles*, 268, 292-294; Costa Pinto y Rezola, "Political Catholicism", 358-368; Jerzy Holyer, "The political right in Poland 1918-1939", *Journal of Contemporary History*, 12 (1977), 395-412; Nicholas M. Nagy-Talavera, *Green shirts and the others: A history of fascism in Hungary and Rumania*, [Iasi: Center for Romanian Studies, 2001]; Bela Vago, 'Fascism in Eastern Europe' en W. Lanqueur (ed), *Fascism: A reader's guide*, (Londres: University of California Press 1976), pp 229-53.

⁸⁹ Este proceso de 'fascistización' se produjo también en aquellas dictaduras contrarrevolucionarias que se enfrentaron y prohibieron sus movimientos genuinamente fascistas como la Guardia de Hierro en Rumania, los nacionalsindicalistas de Rolão Preto y las Flechas Cruzadas húngaras. Aristotle Kallis, "'Fascism', 'Para-fascism' and 'Fascistization': On the Similarities of Three Conceptual Categories", *European History Quarterly*, 33 (2) (2003), 238-240.

conservadores de la burguesía de provincias, tanto el golpe de Estado como el exterminio físico de los republicanos. Tras el conflicto bélico, la Iglesia católica fue integrada en el Estado franquista, participó en la brutal represión de posguerra y llenó los templos del país de placas en honor a los caídos por “Dios y por España”.⁹⁰ En Croacia, el Estado fue confesional desde su fundación en 1941 y la Iglesia y movilizó al movimiento católico para que participara activamente en su funcionamiento. Esto incluyó el rebautizo forzado de serbios y el exterminio de judíos, serbios y musulmanes, en los que intervinieron clérigos católicos de un modo cotidiano, si bien ciertos miembros del episcopado croata mostraron alguna reserva al respecto.⁹¹ Incluso en Francia, las iglesias católicas y protestantes dieron su legitimidad al régimen de Vichy. Allí la jerarquía católica colaboró con el gobierno y propagó el ultranacionalismo cristiano que Charles Maurras consideraba clave para el resurgir de la patria.⁹² Como en muchos otros países de Europa, el episcopado francés no se manifestó en contra de la legislación antisemita de 1940, ni de la deportación judíos a campos de exterminio alemán – de hecho, alguno de sus miembros alabó la caza de hebreos franceses.⁹³

Conclusiones

Las dictaduras contrarrevolucionarias llevaron a cabo un proceso de sacralización de la nación en el marco de la Guerra Civil Europea donde la politización del cristianismo se mostró fundamental. En ese proceso de sacralización se incorporó a la arena política un discurso maniqueo de salvación nacional y renacer religioso, a la vez que se creaban espacios sacros donde conmemorar la nación en ceremonias patrióticas.

Tanto las dictaduras fascistas como las nacionalistas cristianas llevaron a cabo la sacralización de la patria con el objetivo meridiano de recabar apoyo popular. El proceso en los regímenes fascistas conllevó una ‘transferencia de sacralidad’, dotando a la nación de una connotación religiosa, mientras que en las dictaduras cristianas el componente divino de la patria estuvo allí desde su concepción. Sin embargo, es discutible la idea de Emilio Gentile de que los regímenes fascistas llegaron a crear una religión política “distinta y autónoma respecto a las religiones tradicionales”. En el caso de Italia, al menos, parece que el peso de los elementos católicos en el discurso, los rituales y la iconografía fascistas es tal, que difícilmente se puede hablar del régimen de Mussolini como distanciado de la religión tradicional. En el ámbito del personal político, la participación de los clérigo-fascistas en el movimiento mussoliniano desde principios de los años 20 y el papel del Vaticano en el Estado fascista tras los Acuerdos de Letrán, tampoco ayudan a pensar en el fascismo como autónomo con respecto al catolicismo. Cabe recordar, además, que en Italia se dio un proceso de ‘nacionalización’ de la fe católica en los años treinta, que convirtió al fascismo en aceptable a los ojos de gran parte de la opinión pública italiana.

Pero más allá del peso que le otorguemos al cristianismo en la conformación de los regímenes fascistas, conviene reparar en que la influencia de la religión en las dictaduras contrarrevolucionarias es un proceso de ida y vuelta. De la misma manera que el cristianismo influyó en las dictaduras, el fascismo tuvo un impacto importante en las diversas iglesias europeas. La ‘cristianización’ del fascismo llevó aparejada una ‘fascistización’ de la religión.

⁹⁰ Julián Casanova, “Guerras civiles en el siglo XX”, Julián Casanova (comp.), *Guerras civiles en el siglo XX* [Madrid: Pablo Iglesias, 2001], 22, 24.

⁹¹ Stella Alexander, “Croatia: The Catholic Church and the Clergy, 1919-1945”, en Richard J. Wolff y Jörg K. Hönsch (ed.), *Catholics, the State, and the European Radical Right, 1919-1945* [Highland Lakes: Atlantic Research and Publications, 1987], 31-66; Menachem Shelah, “The Catholic Church in Croatia: The Vatican and the Murder of the Croatian Jews”, *Genocide and Holocaust Studies*, vol. 4. n. 3 (1989), 323-339. Para las divisiones dentro del clero alto croata sobre la colaboración con la Ustaše, Mark Biondich, “Radical Catholicism and Fascism in Croatia, 1918-1945”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 8, n. 2, (2007), 393.

⁹² Eric Jennings, “‘Reinventing Jeanne’. The Iconology of Joan of Arc in Vichy Textbooks, 1940-44”, *Journal of Contemporary History*, vol. 29 (1994), 711-734.

⁹³ Algunos miembros de la jerarquía católica denunciaron las deportaciones, pero después de que la mayoría de los judíos franceses de Vichy, unos 75.000, hubieran sido mandados a los campos de exterminio en el verano de 1942. W. D. Hall, *Politics, Society and Christianity in Vichy France* [Oxford: Berg, 1995].

Esta politización de la religión está en la base de la participación activa de las distintas confesiones cristianas en azuzar el miedo entre la población con un mensaje apocalíptico, a la vez que movilizaba a sus feligreses con fines políticos en un contexto europeo de crisis múltiples. El papel de las iglesias nacionales se mostró determinante y, en muchos aspectos exitoso, a la hora de sostener dictaduras contrarrevolucionarias y recabar apoyos de las masas. La propaganda religiosa que prometía un renacer patrio vinculado a la recristianización de la sociedad tuvo buena acogida en muchos sectores, pero en particular entre las clases medias rurales. Y lo tuvo porque la extrema derecha y las iglesias europeas compartían unos marcos político-religiosos comunes. La defensa del orden social, el anticomunismo, el antisemitismo y la idealización del mundo rural formaban parte del universo mental de ambos y facilitó el traspase de cristianos de clases medias a las filas de la extrema derecha en toda Europa. Tras el dolor por los peligros que se percibían para la patria y el orden cristiano, se encontraba un miedo de clase difícil de superar en medio de la guerra civil europea.